



Teatro
crítico
universal

TOMO I

Benito Jerónimo Feijoo

El *Teatro crítico universal* (teatro ha de entenderse con la acepción, hoy olvidada, de «panorama» o visión general de conjunto), fue publicado entre 1726 y 1739 en ocho tomos. Consta de 118 discursos que versan sobre los temas más diversos, pero todos se hallan presididos por el vigoroso afán patriótico de acabar con toda superstición y el empeño de Feijoo en divulgar toda suerte de novedades científicas para erradicar lo que él llamaba «errores comunes», lo que hizo con toda dureza y determinación, como Christian Thomasius en Alemania, o Thomas Browne en Inglaterra. El autor se denominaba a sí mismo «ciudadano libre de la república de las letras», si bien sometía todos sus juicios a la ortodoxia católica, y poseía una incurable curiosidad, a la par que un estilo muy llano y atractivo, libre de los juegos de ingenio y las oscuridades postbarrocas, que abominaba, si bien se le deslizan frecuentemente los galicismos. Se mantenía al tanto de todas las novedades europeas en ciencias experimentales y humanas y las divulgaba en sus ensayos, pero rara vez se propuso teorizar reformas concretas en línea con su implícito progresismo. En cuestión de estética fue singularmente moderno (véase por ejemplo su artículo «El nosequé») y adelanta posturas que defenderá el Romanticismo, pero critica sin piedad las supersticiones que contradicen la razón, la experiencia empírica y la observación rigurosa y documentada.

Noticia de la Vida, y Obras del M. I. y R. P. D. Fr. Benito Jerónimo Feijoo,

Monje Benedictino de la Congregación de España, Catedrático de Prima de Teología Jubilado de la Universidad de Oviedo, Maestro General por su Orden, del Consejo de S.M.

En un tiempo en que gemía la España bajo de la ignorancia, y las letras habían degenerado en una lastimosa serie de preocupaciones, nació *D. Benito Jerónimo Feijoo* a 8 de Octubre de 1676 en *Casdemiro*, pequeña Aldea de la Feligresía de Santa María de Melías en el Obispado de Orense, a las riberas del Río *Miño*, poco más abajo de su confluencia, y unión con el Río *Sil*.

Sus Padres *D. Antonio Feijoo Montenegro*, y Doña *María* de Puga, correspondiendo a lo ilustre de su nacimiento, educaron este Joven en los principios del verdadero temor de Dios, y le inclinaron a las letras, aunque era el primogénito de su casa; creyendo con razón, que el derecho de la sucesión no les permitía descuidar en la enseñanza de este tierno hijo.

No es muy común en el Reino aplicar al estudio los primogénitos, y por eso también son menos los que salen útiles a la Iglesia, y al Estado; persuadiéndose no pocos que esta cualidad les destina sólo a la propagación de su familia, y disfrute de sus rentas; sin advertir que la Nobleza se

adquiere con las acciones ilustres a beneficio de la Nación, y se conserva con la continuación de ellas en los descendientes; no con la ociosa posesión de las rentas adquiridas por la virtud de los antepasados.

Renunció al siglo a los 14 años, pues en el de 1688 recibió la *Cogulla* de S. Benito en el Monasterio de S. Julián de Samos de mano de su Abad Fr. Anselmo de la Peña, General que después fue de la Congregación de España, y Arzobispo de Otranto en el Reino de Nápoles. [II]

Esta vocación bien probada, porque no era el acomodo el que llamaba a nuestro Joven, sino el retiro del bullicio secular, se acreditó en sus incorruptas, e inocentes costumbres por toda la larga serie de su vida.

La pasión declarada del *P. Feijoo* fue la del estudio. No sólo los Monásticos ocuparon su desvelo; pues aunque en ellos siguió lúcidamente su carrera dentro del Claustro, también se extendió a la enseñanza pública en las Cátedras de Teología, que obtuvo por rigurosa oposición en la Universidad de Oviedo, y en que alcanzó del Consejo la jubilación por mérito. Su Religión le dispensó los honores de *Maestro General*, en nada incompatibles con la humildad Religiosa, que siempre resplandeció entre las virtudes de este Literato.

Bastaría esta serie de sucesos para calificar a *Fr. Benito Jerónimo Feijoo* de un Religioso recogido, estudioso, y útil a sí, y a los demás en lo que se llama *carrera regular* de Artes y Teología Escolástica: a que están reducidos los estudios monásticos en España.

Su desprendimiento en solicitar otras Dignidades Eclesiásticas fuera del Claustro, ni indicar deseo de lograrlas, demuestran que la vocación Religiosa no decayó un punto en este ajustado Monje.

§. I

El curso de los estudios, que en España hacen los Profesores de Artes y Teología, era una esfera muy limitada para un hombre del espíritu y talentos del *P. Feijoo*; y así extendió su aplicación a otros conocimientos superiores a los comunes de su tiempo.

No es infrecuente tachar a los hombres grandes de que se distraen en los estudios amenos, con perjuicio, y atraso de los útiles.

Esta tacha, producida de ordinario por la envidia, no podía comprender a nuestro Catedrático. Bastará para desengaño leer sus *Discursos* 11, 12, 13, y 14 del *tom. 7*, que publicó en el año de 1736, a los 60 de su edad, pues los escribía en el de 1735. [III]

Manifiesta en ellos los abusos, que se padecen en la enseñanza de la *Dialéctica, Lógica, Metafísica, Física, y Medicina*, y en esto mismo acredita el profundo conocimiento, que tenía de estas Facultades; y que el haberle extendido a otras materias, en lugar de estorbarle, le había hecho penetrar de raíz las superfluidades en el método de estos estudios. Los conocimientos humanos tienen entre sí un encadenamiento tan estrecho, que es difícil sobresalir en una materia, sin enterarse de otras.

Luis Vives, aquel insigne Crítico Español del siglo XVI a quien respetó el mismo *Erasmus*, así en el *Tratado de corruptione artium, & scientiarum*, como en el *de tradendis disciplinis*, abrió el camino para descubrir el atraso de las ciencias, e indicar los medios de enseñarlas con más método e instrucción de los Estudiantes. Escribió en latín su Obra, y así fue poco leída del común de nuestros Nacionales. Con más provecho de éstos el *P. Feijoo* puso en lengua vulgar las observaciones acomodadas a nuestro tiempo.

El Canciller *Francisco Bacon* después de *Vives* adelantó el *plan* de perfeccionar los conocimientos humanos con admiración de todos. Mucho debió nuestro Benedictino a su lectura, que se halla también recomendada por su gran amigo el *Doct. D. Martín Martínez*.

Conocía bien el *P. Feijoo* las oposiciones que trae consigo toda *reforma*, porque la mayor parte de los hombres gusta más de ir según el uso, que detenerse a examinar por dónde se debe caminar; y así pone la siguiente protesta-ción en su plan de los *Estudios de Artes*.

«Cuanto dijere en los Discursos que se siguen (así se explica el *P. Feijoo*) {(a) Teatr. Crít. tom. 7, disc. 11} no quiero que tenga otra fuerza o carácter, que el de humilde representación hecha a todos los Sabios de las Religiones, y Universidades de nuestra España. No se me considere como un atrevido Ciudadano de la República Literaria, que satisfecho de las propias fuerzas, y usando de ellas, quiere reformar su [IV] gobierno; sino como un individuo celoso, que ante los legítimos Ministros de la enseñanza pública comparece a proponer lo que le parece más conveniente, con el ánimo de rendirse en todo y por todo a su autoridad y juicio. No hay duda en que el particular, que violentamente pretende alterar la forma establecida de gobierno, incurre la infamia de *sedicioso*. Pero asimismo el Magistrado, que cierra los oídos a cualquiera que con el respeto debido quiere representarle algunos inconvenientes, que tiene la forma establecida, merece la nota de *tirano*. Mayormente cuando el que hace la representación no aspira a la abrogación de leyes, sí sólo a la reforma de algunos abusos, que no autoriza ley alguna, y sólo tienen a su favor la tolerancia. Aun si viese yo, que mi dictamen en esta parte era singular, no me atreviera a proferirle en público; antes me conformaría con el universal de los demás Maestros y Doctores de España: así como en la práctica de la enseñanza los he seguido todo el tiempo, que me ejercité en las tareas de la Escuela, por evitar algunos inconvenientes, que hallaba en particularizarme. Pero en varias conversaciones, en que he tocado este punto, he visto que no pocos seguían mi opinión, o por hacerles fuerza mis razones, o por tenerlas previstas de antemano. Así con la bien fundada esperanza de hallar muchos, que leyendo este escrito, apoyen mi dicta-

men, propondré en él las alteraciones que juzgo convenientes en el ministerio de la enseñanza pública. Y porque la materia es dilatada, la dividiré en varios *discursos*.»

En el *discurso* 11 empieza su plan de reforma por las *Súmulas* o *Dialéctica*, asegurando, que en dos pliegos y medio redujo cuanto hay útil en ellas, al tiempo de leer su Curso de Artes a los discípulos. No se detienen como debieran los que cuidan de la enseñanza pública, en buscar todos los medios de facilitarla y apartar las superfluidades: pues en este único cuidado consiste el mejoramiento de los estudios.

En prueba de su pensamiento hace ver la inutilidad con [V] el ejemplo de la *reducción de los silogismos*, porque nunca se usa casi de ella en la práctica de la Escuela: y lo mismo sucede con las *modales, exponibles, apelaciones, conversiones, equipolencias, &c.*, en el ejercicio literario de los estudios. Y así infiere «que convendría instruir sólo en estas reglas generales, y no descender a tanta menudencia, cuya enseñanza consume mucho tiempo, y después no es de servicio». De todo da varios ejemplos, para demostrar, que la utilidad de la *Dialéctica* o *Súmulas* se logrará con poquísimos preceptos generales, que pueden ser reducidos a dos pliegos, ayudados de la viva voz del Catedrático y de un buen entendimiento o lógica natural; sin la cual la artificial sirve sólo en el concepto de nuestro Sabio, para embrollar y confundir.

En el *discurso* 12 trata de reformar la *Lógica* y *Metafísica* por los mismos medios de cercenar lo inútil.

De la *primera* intenta desterrar las muchas cuestiones inútiles en los *proemiales* y *universales*; concluyendo en que todo lo perteneciente al *arte de raciocinar*, se les diese a los discípulos en preceptos seguidos, explicados lo más claramente que se pudiese, sin introducir cuestión alguna sobre ellos.

Añade: «Todo esto se podría hacer en dos meses, o poco más. ¿Qué importaría que entretanto no disputasen?

Más adelantarían después en *poquísimo* tiempo, bien instruidos en todas las noticias necesarias, que antes en *mucho* sin ellas. La disputa es una guerra mental; y en la guerra aun los ensayos y ejercicios militares no se hacen sin prevenir de armas a los Soldados.»

En la *Metafísica* nota, que los *cursos de Artes*, que se leen comúnmente en las Aulas, se extienden fastidiosamente en las cuestiones, de si el *Ente* trasciende de las *diferencias*; si es *unívoco*, *equivoco* o *análogo*, y otras aun de inferior utilidad; absteniéndose del objeto propio de la *Metafísica*, que comprehende todas las sustancias espirituales, especialmente las separadas esencialmente de la materia. De suerte que en estos cursos metafísicos se omite lo [VI] esencial, que podría guiar a otros estudios, y se gasta el tiempo en sutilezas inútiles en el progreso de las Facultades mayores.

El *discurso 13* analiza lo que sobra y falta en el estudio de la *Física*, haciendo hincapie en la *experiencia*, y en que el mismo Aristóteles, a quien se sigue comúnmente en las Escuelas de España, recurrió a ellas, reprehendiendo, como muy nociva, la ignorancia de los demás *Sistemas Filosóficos*. Para confirmar su nuevo plan trae ejemplos de los que han tratado de perfeccionar este estudio en España sobre el mismo método.

En el *discurso 14* se extiende por su conexión con los conocimientos Filosóficos, a tratar del estudio de la *Medicina*. En él refiere habersele elegido por individuo honorario de la *Real Sociedad Médica de Sevilla*; da noticia de los progresos de ésta, y de la fundación de la *Academia Médica Matritense* en 1734, habiendo aprobado sus Estatutos el Consejo, atento siempre a adelantar las Ciencias. Concluye en que el rumbo para acertar en esta facultad, es el de la *observación y experiencia*, como ya lo había propuesto *Cornelio Celso* siglos ha. En estos dos libros abiertos estudió el gran *Hipócrates* los principios, de donde sacó sus *aforismos*, e *historias de las enfermedades*.

En el tiempo mismo que nuestro Autor inclinaba a mejorar el estudio de la Medicina, florecía el Doctor *D. Martín Martínez*, Individuo que fue de la misma *Sociedad de Sevilla*, y Médico de Cámara de S.M., el cual en sus *Obras* echó los fundamentos del verdadero estudio de la *Física, Medicina, y Anatomía* en el Reino, enseñando a tratar a los Españoles en la lengua materna con pureza y elegancia estas materias. Nuestro Autor logró con la amistad del *Doct. Martínez* un gran defensor {(a) Véase la *Carta defensiva*, que sobre el *tom. 1*, escribió el Doctor Martínez en primero de Septiembre de 1726, que va impresa en el *tom. 2*, del *Teatr. Crit.*} contra las impugnaciones, que suscitó la novedad de las materias del [VII] *Teatro Crítico*, luego que empezó a publicarse el primer tomo en 1726.

No fueron menores las que padeció el mismo Martínez por sus *Obras*. Es muy digno de leerse el elogio, que hace de él nuestro *Feijoo* por estas palabras {(a) *Feijoo Cart. 23, tom. 2*}:

«La memoria que V.E. me hace del *Doct. Martínez*, no sólo renueva, pero agrava mi dolor en asunto de su muerte; porque aquella expresión de V.E. *este glorioso Ingenio fue víctima, que la ignorancia consagró a su obstinación, o murió, como se dice, en el asalto*; si no yerro su inteligencia, significa, que el villano desquite, que abrazaron algunos de aquellos, cuyos errores impugnaba Martínez, de oponer injurias a razones; hizo tan profunda impresión en su noble ánimo, que le aceleró la muerte. Y aunque no ignoraba yo cuánto se ensangrentaron en él la envidia y la ignorancia, estaba muy lejos de pensar, que hubiese inspirado tanta aflicción en su espíritu lo que sólo merecía su desprecio. No menos distante me considero de la gloria, que V.E. me atribuye de haber conseguido el triunfo, a que no pudo arribar Martínez; siendo a mi parecer la única distinción que puedo arrogarme, el que si Martínez murió en el asalto, yo me mantengo sin herida alguna en la brecha.»

Prosiguió en el *octavo tomo* del Teatro, como lo había ofrecido en el anterior, el *plan de reforma de los estudios*.

En el *discurso primero* demuestra los abusos introducidos en las disputas verbales; porque en ellas no se tira a indagar la verdad por lo común, sino a defender la propia opinión: en lo cual hace consistir el *primero*, poniendo por el *segundo* abuso los dicitrios de que se suele usar: y por *tercero* el que resulta por falta de explicación, naciendo ésta de la *confusión de las ideas*. Este tercer abuso puede con facilidad remediarse, simplificando el estudio de Artes.

El *sofisma*, nacido del mal estudio de la *Dialéctica* de nuestras Escuelas, le numera por el *cuarto* abuso de las [VI-II] disputas verbales; no siendo menor el *quinto*, que se toma del empeño de conceder o negar en las conversaciones, o en los actos literarios precisamente; cuando sería más fácil confesar llanamente la duda, cuando la hay, o adherir al dictamen ajeno, si es fundado. La *obstinación* nunca puede habitar junto con la verdadera ciencia.

En el *discurso 2* amplifica la materia de los *sofismas*, concluyendo con la necesidad que hay de desterrar de las Escuelas y tratados las *explicaciones vagas*, indeterminadas, o equívocas que los producen; «las que frecuentísimamente enredan de tal modo a los disputantes, que no sólo las imposibilitan de aclarar la verdad; mas aun estorban que uno a otro se entiendan».

En el 3 demuestra la inutilidad del *dictado* de las Aulas, y propone por más conveniente, que las Artes y *Teología* se enseñen por libros impresos.

Todo el *discurso 4* trata del uso de la *autoridad* en la enseñanza de las Ciencias, siguiendo en gran parte las huellas del célebre Obispo *Melchor Cano* en su incomparable *Obra de Locis Theologicis*, cuyos pasajes, según costumbre, copia en latín. Este ejemplo de citar no debe seguirse, por la mayor utilidad, que resulta de dar traducidas en la lengua materna, en que se escribe, las pruebas de nuestra

opinión; poniendo al pie las palabras originales, si se reputan por precisas.

En la *Carta 22* del *tom. 1* propone la inutilidad del *Arte magna* de *Raimundo Lulio*; y añade, que así en lo que este Autor tiene de *Metafísica*, como de *Lógica*, es inferior a la *Lógica* y *Metafísica* de *Aristóteles*; conviniendo con el *Canciller Bacon* y el *P. Rapin*, que semejante método no puede formar hombres sólidos, y que por lo mismo no se ha adoptado su estudio. Repitió en la *Carta 13* del *tomo 2* su juicio sobre *Raimundo Lulio* con más extensión.

Esta crítica no dejó de atraer, como sucede con todos los desengaños, impugnaciones, pero sin gran suceso. De este punto se dará alguna mayor noticia en su lugar. [IX]

No todos convendrán acaso con la opinión del *P. Feijoo* {{a} *Feijoo Cart. 6, tom. 2*}, quien sostiene, que la *elocuencia* es naturaleza y no arte. De esta manera viene a tachar como ocioso el estudio de la *Retórica*.

Es cierto que se puede dar un hombre de tal juicio y tino mental, que explique sus pensamientos con propiedad de voces; mueva oportunamente las pasiones, y persuada eficazmente: pero también es innegable, que *Demóstenes*, *Cicerón*, y *Fr. Luis de Granada*, cuya elocuencia sirve de modelo, conocieron muy bien los preceptos retóricos: pues los dos últimos trataron exprofeso esta materia, y el primero era tan correcto en el modo de escribir, que de sus *Orações* decían *oler al aceite*, por el demasiado estudio que ponía en limarlas. Fueron los preceptos de la elocuencia a la verdad sacados por comparación de las Obras de los mejores Oradores. Lo mismo ha sucedido con las demás Artes y Ciencias; y nadie duda, que con todo eso es necesario su estudio, porque los *elementos*, o principios de cada Arte o Ciencia no son otra cosa que un tejido de verdades, o conjeturas deducidas de las observaciones, hechas por muchos hombres doctos en aquella materia.

Todas las Ciencias y Artes permanecerían atrasadas, si quedasen fiadas a las combinaciones privadas de cada par-

ricular, y se creyese que un ingenio naturalmente sobresaliente podía atinar con las propias reglas. No a todos se ofrecen las mismas cosas; la vida es breve, y los preceptos de toda ciencia largos, y muchos de ellos dudosos, que requieren el estudio de varios, para perfeccionarse, como asegura *Hipócrates* de la *Medicina*, y todos los Profesores lo reconocen en sus respectivas Facultades.

Igual juicio que de la *Retórica* forma de la *Crítica* {(b) Feijoo *Cart. 18, eod. tom.*}, asegurando, que lo que se llama *Crítica* no es tampoco *arte*, sino *naturaleza*; y defendiendo, que consiste en el recto uso de un buen entendimiento. [X]

La *Crítica* dirige el juicio, o discernimiento de las materias: exige comparación de principios, de opiniones, de sujetos, y de cosas. Todo esto requiere estudio en los originales, y combinación continua de ideas. Ésta forma la verdadera *Crítica*. El hábito científico no se adquiere por otros actos, ni medios, que los que subministra la *Crítica*, o artes de discernir lo verdadero de lo falso, lo cierto de lo dudoso, y lo seguro de lo opinable.

Cada Arte, o Ciencia requiere su particular criterio; y sólo se pueden alcanzar por puro raciocinio las *máximas generales*, o *Crítica* por mayor; mas no la individual y aplicativa de cada ciencia, pues esta *Crítica* aplicativa apenas se distingue de la ciencia misma, o sea hábito científico.

Es muy segura la ilación del Autor, que bien entendido, no discrepa de los principios que van apuntados. «Las prendas intelectuales, sean las que fueren, nunca harán un buen *Crítico*, si faltan otras dos, que pertenecen a la voluntad. ¿Cuáles son éstas? *Sinceridad* y *magnanimidad*. Si falta la primera, el *interés de partido*, Comunidad, República, Patria, &c., tal vez el personal, arrastra al *Escritor* a escribir lo que no siente, o por lo menos a callar lo que siente. Si falta la segunda, por convencido que esté de alguna verdad opuesta a la opinión común, por no estrellarse con innumerables contrarios, abandona aquélla por ésta.» Lo que

se dice del *Escritor* se puede aplicar a los demás facultativos en el uso y ejercicio de sus profesiones, aunque no escriban sobre ellas.

Con lo antecedente queda demostrada la solidez de principios, el despejo de entendimiento, y el amor a la verdad, que formaban el carácter de este grande Español; y que su conocimiento de la *Retórica*, de la *Crítica*, de la *Dialéctica*, *Lógica*, *Metafísica*, *Física*, y *Teología*, no se angustiaba en la esfera común y reducida de su tiempo. Era superior a los más, y nada inferior a los mayores de su siglo. Esta fue la causa de estrechar, como se ha visto, su correspondencia con el célebre *D. Martín Martínez* [XI]. La semejanza y armonía de las ideas es la que asegura la verdadera amistad, y sólida estimación. Todo lo demás se debe mirar como urbanidad, y buena crianza en el trato, por la mutua obligación de los hombres a tolerarse lo que no sea reprehensible. Sin el conocimiento de otras varias nociones sobre los estudios regulares, no podría haber sobresalido ninguno de estos dos grandes hombres, que deben respetar los Literatos Españoles por lumbreras de nuestra Nación.

El retiro del Claustro facilitó al *P. Feijoo* el tiempo para escribir, después de haber acabado la carrera de sus estudios en *Lerez*, *Salamanca*, y *Oviedo*; eligiendo por su residencia continua el Colegio de Benedictinos, llamado de *San Vicente* de esta última Ciudad, donde escribió todas sus Obras.

El trato de nuestro Benedictino era ameno y cortesano, como lo es comúnmente el de estos Monjes, escogidos, por su corto número, de familias honradas y decentes. Era salado en la conversación, como lo acredita su afición a la Poesía, sin salir de la decencia. Esto le hacía agradable en la sociedad, además de su aspecto apacible, su estatura alta, y bien dispuesta, y una felicidad de explicarse de palabra con la propiedad misma que por escrito. La viveza de sus ojos era un índice de la de su alma.

Su principal Obra, con haber escrito otras, fue el *Teatro Crítico*, en que se propuso desterrar varios errores populares, y hacer familiares entre nosotros los mejores conocimientos de los modernos. Por esta razón escribió en lengua Castellana, siguiendo el consejo del gran Fr. Luis de León. Salió pues al público el primer tomo en 1726, el cual dedicó, estando en Madrid a 26 de Agosto, a su General Fr. Josef de Barnuevo. D. Luis de Salazar y Castro animó con una carta la empresa del Autor. Todos saben la pureza de estilo, y la buena crítica del Príncipe de los Genealogistas Españoles.

El estilo del Teatro es fluido y armonioso, y el método de tratar las materias ordenado y geométrico. Nunca [XII] anticipa las especies, que deben inferirse, o aclararse con otras. Esta distribución de la materia da gran claridad a todos los *Discursos* del Teatro. Una u otra vez se hallará declinar este estilo en asiático; pero sin decaer en bajo, ni obscuro.

La lectura continua de las Obras Francesas le hizo intercalar algunos *galicismos*. Cicerón con la lección de los originales Griegos, y el estudio que hizo en Rodas, no se libró de incurrir en *helenismos*. Es forzoso que la lengua, en que haya mejores libros, gane al cabo la superioridad sobre las demás, como sucedía a la Española en el tiempo de Carlos I y Felipe II. De esta objeción, y tacha, que a su estilo propusieron algunos, se hace cargo en la Carta {{a} Feijoo Cart. 32, eod. tom.}, que trata de la *introducción de nuevas voces*. La palabra *gala*, *embargo*, *sobrecargo*, y otras están tomadas de nuestra lengua, y adoptadas en toda la Europa por más expresivas. ¿Qué mucho que hagamos nosotros lo propio en las *Ciencias naturales*, *matemáticas*, *máquinas*, y *artes mecánicas*, que florecen más en los Países extranjeros?

No siempre recurre a los originales el Autor del *Teatro Crítico*; pero toma los hechos en los modernos de mejor nota. Como sus asuntos de ordinario eran poco conocidos

en España, aun cuando les saca de *Diccionarios, Diarios, y Actas de Academias*, les da mucha mejoría, aplicándolos a nuestro uso. De ese modo contribuyó el *Teatro Crítico* a dar a conocer muchas Obras modernas de fuera.

La Historia, la Antigüedad, la Cronología, la Geografía antigua, los Ritos, y la Etimología deducida de las lenguas muertas, requieren precisamente la lectura de los originales; pero éste no era el objeto de nuestro sabio Benedictino, ni el blanco de sus estudios. Por esa razón se valía en los puntos incidentes de los Autores modernos de más aprecio. No es fácil en un hombre reunir la *Enciclopedia*, o ciencia general de todo. No hay alabanzas menos apreciables que las que salen de lo cierto.

Por la serie de las materias se vendrá en conocimiento [XIII] de la extensión de la Obra. Sería útil reducirlas a resumen, dividiéndolas en clases, cuando no hubiese de preceder esta Noticia al primer tomo del *Teatro*, en que va puesta la lista de los *Discursos, y Cartas*.

La más general materia del Teatro es la *Física, Matemática, y Medicina*. Muchas *supersticiones* y creencias vanas están combatidas en todo el progreso del *Teatro Crítico*, y entre ellas algunas que tenían mucha aceptación en varias Provincias del Reino.

La historia natural se recomienda en muchas partes y discursos de esta Obra: estudio que en los últimos tiempos había decaído entre nosotros, y floreció en el de Carlos I, y Felipe II.

De las lenguas modernas se ensayó el Autor del Teatro en formar paralelos, como de la *Española y Francesa*, indicando las causas, de que sin ceder un idioma a otro, fuese menos abundante, por razón de cultivarse por sus naturales menor número de Artes o Ciencias. Con los conocimientos humanos se aumenta la necesidad de las voces, para ir las introduciendo según se multiplican las ideas.

En el Discurso del *Amor de la Patria, y pasión nacional* propone el *Teatro Crítico* los orígenes de muchos yerros en